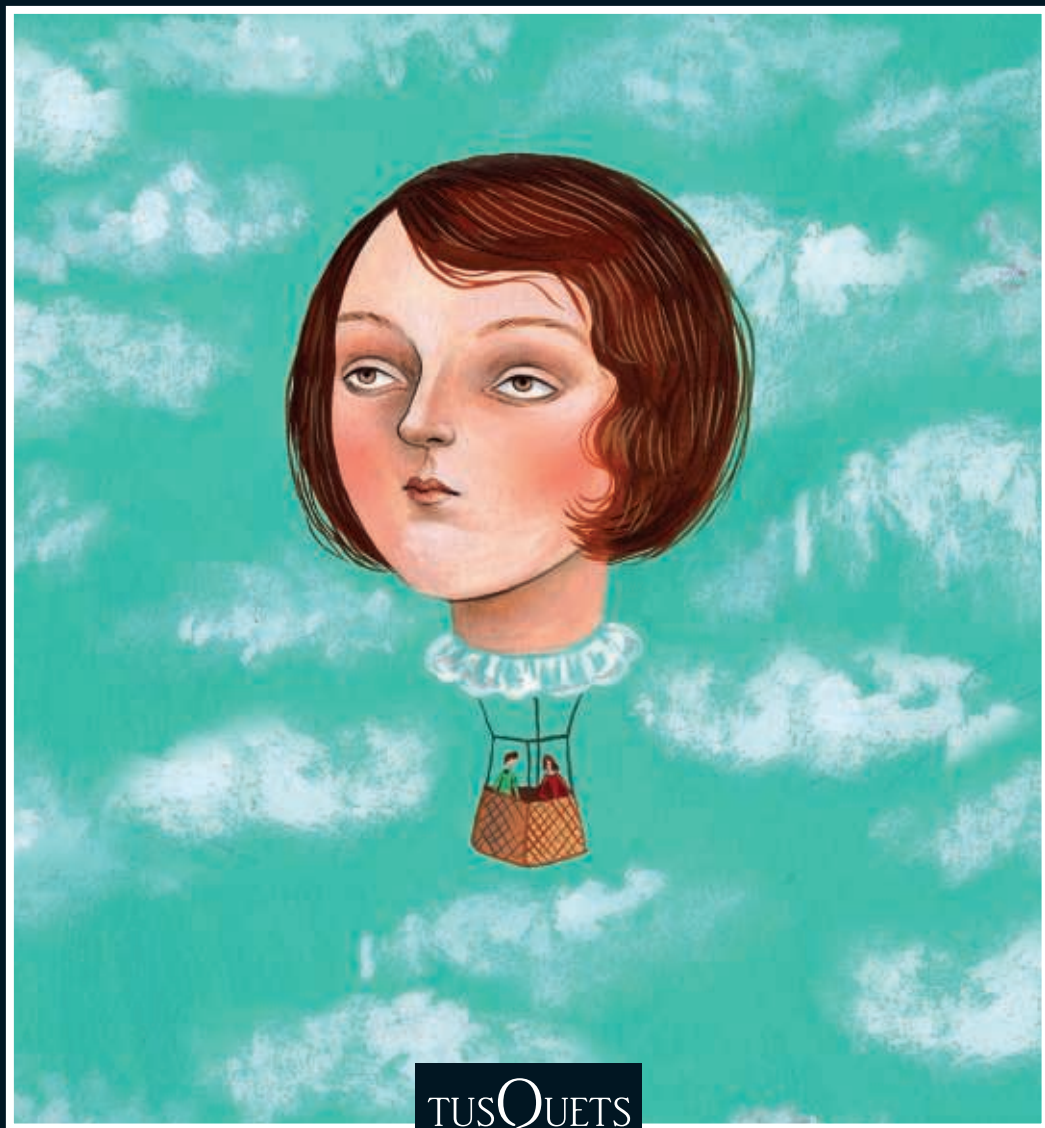


Isabel Bono

LOS SECUNDARIOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

ISABEL BONO
LOS SECUNDARIOS

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2022

© Isabel Bono, 2022

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 978-84-1107-085-0
Depósito legal: B. 1608-2022
Fotocomposición: Realización Tusquets Editores
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

Índice

Rubén.....	9
Rubén, Carmen, Julieta	39
Rubén, Diana	55
Amalia.....	65
Rubén, Amalia.....	99
Rubén, Mateo.....	161
Rubén, Micaela	165

Rubén

¿Y si uno de los dos sobrevive?

Esa es la única pregunta que deberían hacerse los enamorados. Esa, la primera que me vino a la cabeza al despertar de la siesta. El único pensamiento que ocupó mi cabeza el resto de la noche, de todas las demás noches.

Él seguía dormido a mi lado con un Meyba hortera que apenas le cubría nada. Observé mis piernas extendidas y cubiertas de aquella ridícula pelusa rubia que me hacía sentir tan hombre, el pantalón vaquero mal cortado y la marca del botón sobre el ombligo. Así nos hubieran encontrado. Si hubiéramos muerto durante la siesta, así nos hubieran encontrado.

Yo todavía iba al colegio. Los jueves él me esperaba con la moto. El primer día lo saludé. Y el segundo. El

tercer jueves me hizo una seña para que me acercara. Tengo una llave, dijo.

Monté y me pegué a su espalda todo lo que pude.

Desde esa tarde, todos los jueves me iba con él. En casa decía que tenía entrenamiento.

Era un piso de barrio como el nuestro, solo que, en el suyo, para entrar al resto de las habitaciones había que pasar por la cocina. Mesa de formica plegada pegada a la pared, dos sillas descascarilladas, calcomanías de cebollas, naranjas y uvas en los baldosines. Siempre olía a lentejas. A veces había una chica fumando de pie junto al fregadero. Supe que era su hermana porque se saludaban con desdén. Me dijo que era la hermana de un amigo, que aquella era la casa de un amigo. Yo sabía que era su casa porque su espalda olía igual. Yo no entendía aquel misterio. ¿De qué se avergonzaba?, ¿era mejor decir que nada era suyo?, ¿que no tenía un lugar mejor al que llevarme? Tu vida huele a lentejas y la mía a mohó, ¿qué más da?, le habría dicho. Pero temía perder aquella nada tan grande que teníamos.

Al pasar de la cocina al pasillo se echaba a temblar, me agarraba muy fuerte de la mano y tiraba de mí hacia su cuarto. No mires, decía. No hagas ruido, no digas nada, decía. No era miedo, era vergüenza.

Yo acababa de cumplir catorce. Él tendría poco más aunque parecía mayor. Nunca pregunté. Nunca le pregunté nada.

La moto tampoco era suya, decía, una Mobylette de un azul tristón. Todavía hoy si veo en una foto una moto igual, o algo parecido a aquellas calcomanías, se me encoge el pecho. Ahora pienso en lo poco que hablábamos. Podíamos pasar la tarde lamiendo la piel del otro sin decir nada. Él miraba de vez en cuando el picaporte y el reloj. El reloj era lo único nuevo que había en aquella casa, un Casio de pulsera que me pareció de chica.

Estoy en un país muy frío y estoy solo. Eso dijo de repente, sin mirarme. Estábamos en la cocina. Él junto al fregadero, donde solía fumar su hermana. Yo en una de las sillas masticando una magdalena seca que me había ofrecido. No estás solo, estoy yo, estoy aquí contigo y te voy a querer siempre, quise decirle. Tengo que irme, dije. Y no volvimos a vernos. Nunca más apareció a la puerta del colegio. Tampoco me lo crucé por la calle. Pasé una sola vez por su casa, llamé al portero, respondió la chica. Hola, está... Y justo en ese instante me di cuenta de que no sabía su nombre. Eché a correr. Decidí que estaba muerto, que se había estrellado con la moto.

Han pasado más de cuarenta años y todavía me pregunto qué quiso decir o por qué lo dijo. Si de verdad quiso decir algo o simplemente se le escapó un pensamiento o era una frase que había oído en alguna

película. Es absurdo pensar que hubiésemos seguido juntos hasta hoy. Dos muchachos flacos y asustados tocándose en silencio con los ojos muy abiertos.

Desde ese día me asomo a las ventanas, cualquier ventana, para ver su casa. Imagino que su cocina es la última en apagarse. Acercó la frente al cristal y le hablo como si rezara. Volvamos juntos al frío, le digo, ya sé que no somos los mismos, que el tiempo no se congeló, pero nuestro sudor tampoco. Dime tu nombre y volvamos juntos al frío.

Así son las despedidas entre adultos, pensé entonces. Y no fue que madurara de repente, más bien me volví cursi y agresivo. Menuda combinación. Miraba los naranjos de la acera y pensaba como si recitara un verso: No hay frío entre árboles y pájaros, solo su aliento calentando el aire. Y acto seguido pateaba el tronco. El sudor bajándose por la espalda, mi sudor ya para nadie. Su aliento en mi nuca nunca más. El frío para siempre en mi nuca.

Escupo pensando en ti. Después sonrío.

Todos iguales. Lánguidos, frívolos, estúpidos. ¿Os creéis que no me doy cuenta? Todos sois mentira.

La luz no miente, los charcos no mienten, solo menguan. Las palabras no mienten, solo se dejan quemar. La niebla no miente, solo espesa la sopa de los recuerdos. Una cortina de agua separándonos del ama-

necer, alejándonos del sueño. Se rompen los vasos y se cortan nuestros dedos. Primero el frío, después nada. Sangrar es dulce. Sangramos porque estamos vivos, los muertos no sangran.

Los que dicen que solo hay un amor, que solo podemos enamorarnos una vez en la vida, se equivocan. Tres. Tres son las veces que alguien puede enamorarse. Ni una más. La primera deja un cerco dulce, el rastro de la espuma del mar sobre la arena negra (ya dije que era un cursi), un precioso festón que al recordarlo con los ojos cerrados nos consuela.

El cerco de la segunda es más jodido. Una humedad que se transforma en moho, ennegrece las paredes de nuestros pulmones y nos asquea el aliento. Desde aquella negrura escribí una carta, no sé si para él o para mí mismo:

«Yo era un mierda que trabajaba de ocho a diez a veinte kilómetros de casa por cuatro perras y que se dejaba pisotear por si caían cuatro más. Por eso y para no pensar en ti. Un perfecto imbécil que no distinguía un guache de una acuarela. Tantas exposiciones, tantos canapés con tu único traje. No hay que destacar, decías. Me lo tragué todo.

»Yo era un mierda que te adoraba.

»Tú te las dabas de marqués. Yo sabía que eras igual de mierda que yo pero me daba igual. Los dos sin un

duro, sin cama donde meternos las noches de lluvia. Tu hermana nos dejaba el coche para follar los fines de semana y nos reíamos pensando en tus sobrinos, el lunes, en esos mismos asientos camino del colegio. Mejor en un coche prestado, que da más morbo, los hoteles son para gente sin imaginación, decías y te reías. Ahora creo que solo te reías porque tenías miedo.

»Tú nunca sabrás lo que es el miedo, lo que es jugarse la vida. Masturbarse como si bajaras en bicicleta a tumba abierta. Hasta que me detectaron aquello del corazón, cualquier ejercicio de más podría haberme matado. Y yo me hice muchas pajas pensando en ti. Tenían que haberme abierto el pecho y arrancado esa víscera inútil. Ni eso habría impedido que te amara. Con gusto tragué cada día dos comprimidos para hacerme la sangre agua, para impulsarla mejor, para comerte mejor, para follarte mejor, niño disfrazado de pijo, que preferías no perder la hora de hacerte las uñas a pasear conmigo por la maleza de esas calles lejos de nuestras casas para que nadie nos viera juntos. En tu barrio todo el mundo sabía lo que eras y les traía al fresco. Yo también sabía lo que era pero siempre me avergonzó ser como soy. Hasta que te conocí. Mi cabeza llena de parches, cabezazos contra todas las paredes para lograr entender tus deseos. La hora de las uñas, la hora de tomar el sol, la hora de renovar tu vestuario. La hora de los muertos. Y el muerto era yo. Un muerto de hambre de tu espalda tan morena.

»Encontraste trabajo. No te pagaban, pero encontraste trabajo. Seis meses sin cobrar intentando vender multipropiedades a turistas incautos. Se te daba bien mentir. Con la primera comisión alquilaremos un estudio en la playa, dijiste. Pero la comisión no llegaba y tú tampoco. Al principio me llamabas. El último mes tu hermana me daba los recados. Luego nada, ya no sabía qué decirme.

»Un domingo de madrugada rompí la ventanilla, entré y revolví en la guantera. No sé qué esperaba descubrir. Tu hermana y tus sobrinos me encontraron allí mismo, dormido, al día siguiente. Tus sobrinos. Aún me acuerdo del día en el que les prometiste que los llevaríamos al parque de atracciones. Inventa algo, y me guiñaste. Y yo, de cabeza. Lo más parecido al túnel del terror al alcance de mi bolsillo era el túnel de lavado de la gasolinera. Mis únicas monedas para nada porque los críos querían montañas rusas de las que salpican, y empezaron a llorar. Tú casi llorabas también cuando entramos por segunda vez con las ventanillas bajadas para que se mojaran a gusto. Cuánto te odié ese día.

»Después de tantos años, todavía no sé si me has dejado, porque explicaciones no me diste. Te fuiste alejando poco a poco en ese coche prestado, aparcado cada vez un metro más arriba, un metro más lejos del balcón de tu madre para que no viera como ese te manosea donde antes te manoseaba yo.

»Me busqué un trabajo lejos, un mal trabajo, un

trabajo de capullo en el que me trataban a patadas, en el que consentía porque así no era tu silencio el que me golpeaba la cabeza. Un trabajo en el que mi sangre circulaba tan deprisa que mi corazón de neumático viejo te empezó a olvidar.

»Plántale cara al jefe, que tienes sangre de horchata, me decían los compañeros. ¿Qué sabrían ellos de ser cobarde? ¿Qué sabrían ellos lo que era correrse en tu boca a vida o muerte? ¿Qué sabrían ellos si ese trabajo era para mí una montaña rusa que me salpicaba azufre en los ojos, que me cegaba y aturdí y no me dejaba tiempo para pensar en tus uñas recién pulidas bajando por mi pecho?

»Lo peor es que tenían razón. Todavía no he salido de este estado de podredumbre en el que me dejaste. Quien se cruce conmigo por la calle no será capaz de ver más allá de esta aura de mediocridad que desde entonces me acompaña. Pero detrás de ella, muy cerca de la superficie, solo hay pobreza.

»Te estoy escribiendo esta carta para nada. Sé que no seré capaz de enviártela. Me importa una mierda. Yo no quiero escribir, yo quiero tocarte. Y no es que vea las cosas como no son. Me enamoré de un niño con aires de grandeza. Esto siempre estuvo claro y no era imposible que ocurriera lo que ha ocurrido, pero te quise y te quiero. Es esta vida siempre a escondidas lo que no me deja respirar.

»Sentarse en una esquina y callar, eso es lo más

aproximado a mi estado de ánimo. Ni la flagelación, ni el dolor, ni la perdición. No, solo ocultarme. Pensar muy bajito, soñar muy bajito. No esperar a nadie. No esperar nada de nadie. Morir de hambre tan lentamente que parezca que dura una vida, porque solo tú me alimentabas.

»Ahora tengo un buen trabajo pero soy muy pobre. Mi pobreza no es de este mundo.

»Siempre tuyo, Rubén.»

No se la envié. Hay palabras que es mejor guardarse. O que se pierdan.

Hoy, levanto la vista y lo veo.

Eso del único amor es mentira. Siempre amamos a más de una persona y en cada una creemos ver a la única posible. Cada nuevo amor anula al anterior. Nos vuelve amnésicos. Nos vuelve idiotas. No conozco a nadie que presuma de haberse enamorado doscientas veces. Es como si les diera vergüenza reconocerlo. Como si fuese malo enamorarse.

¿Quién te habrá puesto ahí, ahora? Siempre hay alguien que se ocupa de las cosas, ya sea un botón hundido del ascensor o una bombilla del rellano. Ayer el picaporte de la puerta del portal estaba suelto. Esta mañana ya lo habían sustituido.

Te tengo a veinte pasos y me pongo a pensar en picaportes.

¿Qué habrás hecho todos estos años? Envidio a todas las personas que pasan por la calle porque cualquiera ha podido tener de ti más que yo todos estos años. Envidio a todos los picaportes de todas las puertas de todos los portales porque han estado entre tus manos durante todos estos años.

No fue aquel bar tan oscuro lo que no me dejó ver, fue la soledad lo que me cegó.

¿Sabes lo que es esto? Tú quieres sexo y yo te quiero a ti. Eso le dije.

Tengo que contarte muchas cosas. Llevo en este semáforo toda la vida.

Él empezó a andar. Mi corazón a correr. Recordé aquellos días sin peso, cuando todos los semáforos estaban en verde para nosotros.

No me reconoció, pasó de largo.

Algo en el estómago. Nada de mariposas, un alud de avispas.

El amor es incómodo.

El picaporte nuevo también me resulta incómodo. Eso tampoco debe preocuparme. Seguro que hay alguien que se da cuenta y se encarga de que lo sustituyan.

Las sustituciones desgastan.

Del tercer amor no puedo decir nada. Todavía no ha llegado.

Enciendo la tele. Dos chicos han muerto en un accidente de moto. No llevaban casco, insiste la presentadora. Esos dos chicos podríamos haber sido nosotros.

Como si los viera. Han salido de casa a hurtadillas después de pasar la noche despiertos, soñando con este momento de luz y libertad. Qué hombres somos. Y al llegar a la autovía el que va delante vuelve la cabeza para escuchar la última gracia de su amigo, vuelve la cabeza para que su amigo pueda ver su enorme sonrisa. Un conductor que regresa de una fiesta los aplasta. Acaba con dos vidas de catorce años, dos camisetas recién estrenadas y diez euros de gasolina. Mueren desbaratados, hechos papilla, pero felices, muy felices, en el clímax de la felicidad y la juventud. Un conductor borracho les ha evitado repetir el último curso, ser padres de penalti a los dieciséis, trabajar veinte horas al día en el bar de su tío, una hipoteca de treinta años y no ver a su hija más que los fines de semana. Eso o un amor clandestino que los habría hecho desgraciados de por vida.

Apago la tele.

Uno no debería empezar a contar.

Venimos sin instrucciones. Uno no debería empezar a contar si no sabe si podrá parar. No hablo de contar historias. O también. Hablo de contar números. No sé bien de qué hablo.

Estábamos en el recreo con las cazadoras puestas y abrochadas, buscando que nos diera el sol en la cara, sin hablar. Le pedí pipas a un compañero de clase. Me puso unas cuantas en la mano. Según iba comiendo, iba contando. Veintiséis. A partir de ese día si pedía pipas solo comía veintiséis y el resto las tiraba. El veintiséis se convirtió en mi número. No de la suerte, más bien de todo lo contrario. Se convirtió en una obsesión. Si subía una escalera contaba hasta veintiséis escalones, y si había más comenzaba a contar de nuevo bajando y subiendo hasta completar la cuenta. En los ascensores, o si el coche de mi padre pasaba por un túnel, contaba los segundos. Siempre eran más de veintiséis, así que el resto del trayecto aguantaba la respiración. Y así con todo, así con mi absurda vida. Me agobié muchas veces pensando que solo viviría veintiséis años. Después, cincuenta y dos. He llegado a los cincuenta y tres. Moriré a los setenta y ocho. Seguro.

Tampoco habría que empezar a contar historias si uno no sabe cómo pueden acabar. Quizá mi hermano tenga razón cuando dice que es mejor no haber nacido. Nacemos y, desde el primer día, nos llenan la cabeza de historias.

Mi madre tenía un kimono.

Si alguien me pidiera que describiera a mi madre

en pocas palabras, serían esas. Mi madre tenía un kimono colgado detrás de la puerta de su dormitorio. Nunca se lo vi puesto. Un kimono negro con flores exóticas de colores. De vez en cuando lo metía en la lavadora y contaba la misma historia.

Lo vio en un escaparate, le pareció muy barato y entró a comprarlo. La dependienta dijo que era el último y no podía vendérselo hasta que no acabaran las rebajas. ¿Qué día? El viernes. Lo reservó a su nombre, dejó una señal y a los tres días, a primera hora, estaba a las puertas de la tienda. Todavía no habían abierto. La dependienta estaba colocando con hilo de pescar unos bañadores. Se sorprendió al verla y abrió. Para regalo, ¿no? Al oír que era para ella, lo dobló sin esmerarse. Aquel «¿no?» sentó muy mal a mi madre. Como si yo no pudiera comprar algo así para mí, decía. La verdad es que no le pegaba nada. A la hora de pagar el precio había subido. Protestó. La dependienta dijo que el precio correcto era el que figuraba en la etiqueta. Se la enseñó. Mi madre enseñó sus uñas y pidió que saliera la encargada. La encargada era una señora de su edad con los labios perfilados de marrón. Mi madre dijo no tener la culpa del error y, ante la negativa de las dos mujeres, pidió la hoja de reclamaciones. Según la ley deben cobrarme el precio que aparecía anunciado, sentenció señalando la oferta que estaba caída en el suelo del escaparate. No sé de dónde se sacaría aquello de «según la ley», pero mi madre sería

daba miedo. Cóbrale la bata, había resuelto la encargada. La bata. Llamar bata a mi kimono, decía levantando la prenda con las dos manos, clamando al cielo raso de la cocina. Después cerraba la lavadora y lo miraba dar vueltas con los brazos cruzados.

Efectivamente el kimono era una bata. Una bata acrílica y lánguida (con caída, me corregiría), que podía meterse sin cuidado en agua caliente y no necesitaba planchado. Un sueño para cualquier ama de casa. El único sueño que mi madre se permitió en toda su vida.

Crecimos con miedo, impregnados del miedo de mi madre.

Lo curioso es que ella no parecía tenerlo. Era alta, grande, fuerte, con unos ojos azules que taladraban todo lo que miraba, ya fuera al portero de una discoteca o a un cachorro. Bueno, a un portero de discoteca no lo sé, pero sí al director del colegio o al butanero que trajo una vez una bombona salpicada de lo que parecía pintura. Solo con una mirada hizo que aquel hombre de pelo en pecho escupiera sobre la bombona, alargara la manga del mono y se excusara sin levantar la vista de lo que estaba limpiando. Las gaviotas, ya sabe usted, señora. Eso dijo.

Yo estaba pegado al quicio de la puerta observando la escena, esperando a que aquel hombre soltara varios exabruptos y nos dejara sin butano para siempre. Pero

no. Cuando terminó de limpiar se enrolló la manga que había usado, tomó el importe sin propina que mi madre le tendió, y se fue. Mi madre pasó un paño húmedo sin dobladillo por la bombona, después lo tiro a la basura y se cruzó de brazos para observar aquella maravilla naranja como si fuese una pieza de museo.

Ea, dijo. Este no vuelve más, pensé yo. Pero más o menos al mes volvió a aparecer. Me pareció más pequeño, menos hombre. Sonreía de lado. Le he traído la más limpia, señora, como a usted le gusta. Mi madre no dijo nada. ¿Para qué?, cualquier palabra habría supuesto debilidad.

Si no temía a nada, ¿por qué cada vez que se dirigía a nosotros era con advertencias? Cuidado con entrar descalzos a la cocina que os podéis electrocutar. Cuidado con dejar la bombona del calentador abierta. Cuidado con no echar la llave por las noches antes de acostaros. Cuidado con no llevar camiseta debajo de la ropa, que podéis pillar una pulmonía. Cuidado con comeros las cáscaras de las pipas, que se van directamente al apéndice y podéis morir de peritonitis. Así todo.

Lo de las cáscaras fue por mi culpa. Le dije a mi hermano que pelarlas era de mariquitas. Había que ver la cara de Mateo masticando incluso los palitos que se colaban en las bolsas. Le hice la vida imposible, lo reconozco. Como todos los hermanos mayores, supongo.

Yo envidiaba a mi hermano, ese era el problema. Mi hermano vivía en su mundo, completamente preocupado de los problemas familiares. ¿Qué problemas?, cualquier problema. Y no le digas nada a tu hermano que es muy sensible. Y yo tragando, y aquel tonto poniéndose trapos de cocina remetidos por la cinturilla del pantalón, bailando la danza de los siete velos. Vamos, hombre.

Y tanto secreto y tanta confesión, ¿para qué?, ¿para acabar tirándose una noche por la ventana? Vamos, hombre. Yo no sé si mi hermano sabe que esa noche yo estaba en mi cuarto, el que fue nuestro cuarto. Estaba dormido y me despertó un golpe. Volví a dormir. ¿Cómo iba yo a imaginar...? Ahora lo pienso y se me eriza la piel. Mi madre. ¿Cuántas horas allí muerta o medio muerta, quién sabe, a la intemperie?, y nosotros, mi padre y yo, durmiendo.

No sé qué hora sería cuando mi padre vio que ella no estaba en la cama. Fue a la cocina, la ventana que daba al patio de luces abierta, y se asomó. No quiero ni imaginármelo. Vino a despertarme, me dio el inalámbrico y dijo que llamara al 112 mientras él bajaba. Y yo nada. Mi padre me quitó el teléfono y dijo que su mujer se había caído por la ventana, dio las señas y colgó. Llama a tu hermano. Y yo nada. Oí que le hablaba al contestador: Mateo, coge el teléfono, tu madre ha muerto, tu madre se ha suicidado.

¿Suicidado?, ¿no acababa de decir al 112 que su

mujer se había caído por la ventana? Seguí al borde de la cama con la cabeza entre las manos. Mi padre bajó al primer piso, aporreó la puerta, lo oí gritar. No vivía nadie. No sé si le gritaba a mi madre o era solo por gritar. Supongo que gritar en esos casos ayuda. No lo sé. La otra vecina del primero salió a ver qué pasaba. Me asomé al hueco de la escalera, veía cabezas de vecinos que se iban asomando. ¿Qué pasa?, ¿a qué viene tanto jaleo? Y después el silencio, el dolor del silencio. Vecinos que nos evitaban para no saludar, para que no supiéramos que no sabían qué decir.

Yo no era tan valiente ni tan fuerte como mi madre pensaba. No pude soportar el silencio de los vecinos ni las palabras de mi padre. Mi hermano venía a veces a comer. Comíamos en silencio. Mateo intentaba contar algo, anécdotas del trabajo, comentaba alguna noticia como si no hubiese pasado nada. Mi padre nos miraba con pena y asco a los dos por igual. Nunca nos abrazó. Nunca hubo palabras de consuelo. No nos preguntó cómo estábamos, si echábamos de menos a nuestra madre. Nos culpaba, estaba claro.

Yo intentaba aferrarme a aquellos momentos en los que de niño oíamos partidos juntos en la radio. En la radio porque era más emocionante, decía. Aquella casi camaradería. Nada. Y juro que lo intenté. Aun así no fui capaz de culparlo. Mi madre estaba enferma, mi madre no sentía especial apego por la vida, estaba viva y mucho era.

Aunque mi madre soñaba. Por eso tenía un kimono detrás de la puerta y souvenirs de los viajes que no hizo en una caja bajo la cama, y aquel apartamento que compró a escondidas como tabla de salvación. Este apartamento en el que ahora vivo con toda esa puta mierda a cuestas.

Intento recordar algún momento feliz con mi padre y me viene una bocanada empalagosa a menta.

Mi padre solía llevar encima unas pastillas Valda para fumadores. Si fumaba, nunca lo hizo en casa. Quizá mi madre no se lo permitía. Un domingo, mientras escuchábamos un partido importante en la radio, cuando llegaron los penaltis, sacó la lata del bolsillo, la abrió nervioso y me ofreció una. Sé un hombre, saca un cigarrillo y vamos a fumárnoslo juntos aunque mamá proteste porque las cortinas vayan a oler a tabaco, pensé. Yo ya había fumado y no me gustaba, pero chupar aquella gominola me dio todavía más asco. Ahora sé cómo le sabe la boca, pensé.

No dormí en toda la noche.

Mi padre tenía verdadero asco a los maricones. Así los llamaba. Así, hasta que mi madre le pidió que hiciera el favor de usar una palabra menos grosera. Después se levantó, le quitó el plato de sopa que tenía delante

y se fue a la cocina. Mi padre no supo reaccionar y se quedó con la cuchara en el aire en un gesto congelado de ridículo director de orquesta. No replicó, miró a mi hermano de reojo y soltó al fin la cuchara sobre el mantel. Mi hermano siguió en su mundo, absorto en su plato.

Me alegré de que ninguno advirtiera mi bochorno, el enrojecimiento súbito de mi cara. Bebí agua, hice que tosía, me tapé la boca con la servilleta y me fui al cuarto de baño. Contuve las ganas de llorar. Ni siquiera fui capaz de mirarme al espejo. Estaba seguro de que mi madre lo sabía. Por otra parte, parecía que mi padre creía que el *maricón* era mi hermano.

—¡Que se enfría! —oí gritar a mi madre.

—¡Voy!

Cuando volví estaban los tres con el segundo plato, como si nada. Tragué como pude el filete empinado y las patatas fritas, casi sin masticar, para poder levantarme cuanto antes de la mesa.

A partir de ese día mi padre no volvió a usar aquella palabra. Empezó a decir pirompa.

—¿Tú ves a ese? —me decía señalando la tele con el mando.

—Sí.

—De la pirompa.

Yo no decía nada.

De la piompa, en todo caso, podría haberle dicho. Pero ¿cómo iba a corregirle? Si lo hacía tendría que

soportar su desconfianza y un incómodo interrogatorio que quizá me dejara al descubierto. Que de qué sabía yo eso, que dónde lo había aprendido y de quién. Así que no dije nada y seguí mirando la tele sin saber qué veía.

Aquel gesto congelado de director de orquesta de dibujos animados volvió a repetirse, años después, el día que mi hermano nos dijo que se casaba.

—¿Que te casas? —los cubiertos de mi padre en el aire, dos signos de interrogación enmarcando su gesto de asombro. Su pero ¿tú no eras...?, que transformó en— pero ¿con quién?

—Con Amalia.

—¿La vecina?

—Sí.

—Qué alegría, hijo —dijo mi madre sin verdadero entusiasmo.

Mi hermano tenía treinta y nueve, yo dos más. Supongo que se habían hecho a la idea de que habían parido a dos solterones. Porque hay quien nace solterón. Niños tiquismiquis para los que nunca nada está como a ellos les gusta, niños que se fijan en la astillita levantada de la punta de un lápiz, no en el dibujo que podrían hacer. Niños pegados a las faldas (o pantalones) de su madre, que se saben las ofertas del folleto del supermercado de memoria y el precio de las latas de atún según la marca. Cazoleteros de nueve años.

No sé si mi madre se sentiría aliviada o decepcionada. Uno que se va, pensaría. Al menos le quedaba yo. Al menos sabía que, por mi parte, nunca entraría una mujer en casa.

No sé si mi padre dormiría tranquilo aquella noche o la pasaría en blanco, mirando al techo, tratando de entender.

El día que mi madre me pilló con su kimono en una pose ridícula frente al espejo, descansó. No lo digo yo, lo dijo ella. La duda siempre es peor que la certeza. Al menos ya podíamos hablar abiertamente. Abiertamente dentro de un límite. El límite de no querer saber nada de mi vida fuera de casa, ni dónde iba, ni con quién, ni qué hacía. Yo acababa de cumplir dieciocho.

—Lo sé desde siempre, lo sé porque siempre me ha salido de una manera natural contarte mis cosas, no taba tu sensibilidad, parecía que no te importaba nada, pero yo me daba cuenta de que te importaba todo. Ahora ya puedo descansar. Pero te pido por favor que no vuelvas a usar nada mío.

—Lo siento.

—Nunca más, ¿me oyes?, nunca más.

—Lo siento.

Desde ese día el kimono de mi madre dejó de estar colgado detrás de la puerta. Lo metió hecho una bola

en una bolsa y lo arrumbó encima del armario, donde escondía los juguetes de Reyes cuando éramos niños. Pensé, todavía lo pienso, que ensucié de algún modo aquella prenda, que fastidié su único sueño.

Aquel pensamiento me oscureció el carácter. Mi madre descansó, pero yo empecé una guerra civil interior. Lo había estropeado todo por un disparate. ¿A qué venía probarme el maldito kimono? De un día para otro me volví arisco, agresivo, la simple presencia de mi padre me molestaba. Incluso la de mi madre, su comprensión, su condescendencia. Habría preferido un buen bofetón.

El bofetón vino después. Al meter la mano bajo mi cama para sacar las zapatillas encontré una botella (un montón de botellas vacías). Supe que eran suyas. Aquello me dejó fuera de juego. ¿Desde cuándo bebía? Culpa, rabia, odio. ¿Odio hacia quién? Empecé a observarla. Nunca la vi ni medianamente *alegre*.

Una mañana la seguí. Esperaba verla entrar en un bar, jugar a las tragaperras, beber una ginebra a palo seco. Nada. Pasó por delante de varios bares sin entrar, miró algún escaparate, compró pan. Cuando estaba delante de nuestro portal se volvió. Me hizo un gesto para que me acercara (qué amarga me pareció su sonrisa). No dijo nada. No dije nada. Me abrió la puerta del ascensor como cuando era un niño. Subimos en silencio. Me sentí miserable.

Lo único que hice por ella fue custodiar su secreto.

Dormir sobre sus botellas vacías. No hice nada por ella. Nadie en esta casa hizo nunca nada por ella.

Lo último que hicimos juntos mi madre y yo fue echar una quiniela.

Se reía como una colegiala que ha hecho piarda. Tú vas leyendo los equipos y yo te digo qué poner, decía, al tuntún es como mejor salen.

Y acertó. Acertó los catorce. Ganó un buen pellizco. Me hizo jurar que no se lo diría a nadie. Ni a tu padre. Júramelo. Y se lo juré.

Mi madre compró un apartamento en la costa y abrió una cuenta a su nombre (y al mío). Por si me pasa algo, dijo. Tu hermano tiene su vida hecha, no te preocupes.

Si mi madre llega a contarme que iba a tirarse por la ventana, ¿se lo habría impedido o habría saltado con ella?

¿Qué hago aquí? ¿Qué mierda hago aquí? Eso era lo que pensaba día y noche. Empecé a sacar dinero de la cuenta y lo escondía bajo la cama, con las botellas. Pensaba largarme muy lejos. No soportaba a mi padre ni me soportaba a mí mismo. Los reproches que no era capaz de hacerle se volvían contra mí.

Eres un mierda, un cobarde, dile lo que eres, quizá

te abrace, quizá no diga nada, quizá simplemente te haga un gesto para que te sientes a su lado a oír juntos un partido de fútbol como cuando eras niño, vamos, atrévete, ¿qué más puedes perder?

Mi padre, que siempre había tratado a mi madre como su criada, que miraba a mi hermano con desconfianza y a mí con temor. ¿Ese padre iba a aceptar que su hijo mayor era homosexual? Ese hijo del que llevaba una foto en la cartera vestido de futbolista con una estúpida copa en la mano y una sonrisa aún más estúpida. Quizá lo habría aceptado de su hijo pequeño, aquel pusilánime que hacía danzas ridículas en la cocina para su madre.

Qué tonto mi hermano y qué tonto yo, los dos, cada uno a nuestro modo, intentando obtener algo de amor de un padre tan áspero. ¿De repente, aquel hombre insensible se había convertido de un día para otro en un viudo amantísimo? ¡Venga ya!

Has sido un mal padre, le dije. Pero no era cierto. Con nosotros fue un padre normal, un hombre al que nadie había enseñado a mostrar afecto ni a jugar con sus hijos ni a leerles cuentos antes de dormir, porque los padres no hacían eso. Los padres trabajaban, volvían a casa cansados, de mal humor, y sus mujercitas les servían una cerveza ya abierta. Ni a abrir sus propias cervezas les habían enseñado.

Habría otro tipo de padres, pero a nosotros nos tocó aquel.

Nos miraba, levantaba el mentón a modo de saludo y pregunta, a lo que nosotros respondíamos sin excepción que como siempre. Y los domingos fútbol en la radio, nuestras cabezas pegadas, al fin unidos por algo, aunque ese algo fuera el clamor de unos hinchas furibundos o los berridos de un comentarista. Eso nos unía durante hora y media. Cuando oíamos los partidos Mateo se quedaba mirando por la ventana melancólicamente. Llegué a pensar en decirle: Mateo es maricón. Simplemente por ver su cara, su gesto de asco, o si se habría encogido de hombros.

No, papá, el maricón era yo. Tu querido hijo no iba a entrenar, iba a lamerle los hombros a un chico al que le olía la espalda a lentejas, tu querido hijo deportista jugó muy poco al fútbol y nunca ganó nada, solo pidió prestada aquella copa para hacerse una foto y acto seguido salir corriendo a dejarse manosear en las duchas.

No sabes nada de mí. Nunca te has preocupado por saber cómo era. Nunca me diste confianza suficiente para pedirte consejo o ayuda. Si supieras cómo soy me echarías a patadas de tu casa. Afortunadamente tengo el dinero de mamá y ya sabré buscarme la vida. No te necesito para nada.

Y me fui. Le grité y me fui.

Tenía dinero pero no tenía un plan. Comencé a andar, la panadera me guiñó un ojo y se quedó con el

saludo a medias. Qué asco de barrio. Asco, desprecio, arrogancia, tristeza, miedo, crueldad. Por ese orden.

El dolor llegó después, mucho después.

Entré en la furgoneta y conduje hasta la playa. Estaba dispuesto a dormir en la arena. Metí la mano en el bolsillo diciendo muy flojito, por favor por favor por favor... Y allí estaban las llaves del apartamento, en un aro añadido al llavero.

Antes de subir compré algunas cosas. Manzanas, huevos, yogur. Del buzón sobresalía publicidad. También había una postal. Todavía no había soltado las bolsas de la compra cuando reconocí la letra de mi madre. Las manos muertas. Los huevos al caer al suelo hicieron el mismo ruido que cuando aplastamos sin querer un pájaro con las ruedas del coche. Así, como si acabara de aplastar un pájaro con mi propio pie, fue la sensación que me recorrió la espalda.

«Lo he intentado. He intentado ordenar mi vida. Mi vida ha sido todo un desorden. Quizá todas lo sean.»

La postal estaba fechada tres días antes del suicidio. Una postal normal, de una playa normal con gente diminuta en bañador.

Algunas noches imaginaba un plan para volver a la casa de mis padres y borrar algunas huellas (los recibos del cajero del que saqué dinero los últimos días,

las botellas vacías que quedaron bajo mi cama). Que lo descubran todo, que no comprendan, que inventen, que se jodan.

Creí que odiarlos me haría feliz.

En todos estos años no he dado señales de vida, ¿para qué? Como dijo mi madre, mi hermano tiene su vida. A mi padre ya se lo dije todo en una frase.

Si hubiera tenido que volver a por las llaves todo habría sido diferente. Por eso, desde el día que metí la mano en el bolsillo y saqué las llaves del apartamento, pienso que si tuviera que rezar a alguien le rezaría a mi madre. El milagro de no tener que volver.

Mi madre me aceptó desde el primer momento y compartió conmigo su gran secreto, la única aventura de su vida, este apartamento que ahora es mi casa.